

(Traducción en español de la transcripción)

Paderborn (Alemania), 12 junio 1999

Muestranos al Padre

Chiara: Estamos aquí reunidos, con nuestro Arzobispo y principalmente con vosotros jóvenes. Esperemos que sea una alegría estar juntos amándonos para que Jesús esté realmente presente en medio de nosotros, no sólo en la Eucaristía, sino también espiritualmente.

El título de mi discurso, de esta conversación, es algo original y enigmático; es este: “Muéstranos al Padre”. ¿Qué significa? Como el Arzobispo dijo antes, es la pregunta que Felipe, el apóstol, le hace a Jesús. Como sabéis, Jesús hablaba siempre del Padre, orientando a todos hacia Él. Y Felipe tenía curiosidad y quería saber, quería conocer a este Padre. Por eso, también nosotros ahora vamos a hablar del Padre.

Tal vez, como ya sabéis, pertenezco a un Movimiento, que se llama Movimiento de los Focolares; es uno de los Movimientos a los que el Santo Padre, el año pasado, les dijo: “Vosotros sois una expresión del aspecto carismático de la Iglesia”.

Pero, ¿qué significa esta palabra tan difícil: ‘carismático’? Significa que la Iglesia, como alguno todavía piensa o pensaba antes del Concilio, no está formada solamente por el Santo Padre, por los obispos, sacerdotes, religiosos, etc; también ellos representan a la Iglesia, son los primeros que representan a la Iglesia, pero, existe otra parte, de la cual también nosotros participamos, que representa el aspecto llamado ‘carismático’. En palabras simples: forman parte de su aspecto carismático de la Iglesia todos los maravillosos Movimientos que han nacido en la Iglesia. Estos Movimientos son fruto de un, así llamado, ‘carisma’. Pero, ¿qué es un carisma? Ahora os explico qué es un carisma.

Un carisma es una luz que el Espíritu Santo pone en el alma de quien ha elegido para ser el fundador o la fundadora de algo nuevo en la Iglesia. Es, en general, una luz que ilumina un aspecto que ya existe en el patrimonio de la fe, y que el Espíritu Santo nos hace comprender mejor y con más luminosidad. Más aún, muchas veces subraya ideas, presentes en el patrimonio de la Iglesia y que sirven para la humanidad de esa época.

Pues bien, una luz de este tipo, aunque yo era una chica sencilla, como también vosotros os podéis sentir, un día me llegó a mí para que la transmitiera a muchos, porque, Él, quería también aquí que naciera un nuevo Movimiento en la Iglesia.

Recuerdo que en aquel periodo, en Trento -Trento, no sé si conocéis esta ciudad del Norte de Italia-, yo estaba satisfecha con mi fe, pero, al mismo tiempo, percibía algunas contradicciones en mí y también a mi alrededor en la Iglesia, al menos en la que yo conocía. Eran incongruencias que tal vez también vosotros notáis interiormente y observando algunos ambientes cristianos.

Por ejemplo, me preguntaba: “¿Por qué la fe de quien se considera cristiano muchas veces se reducía a ir a misa los domingos y nada más? Si es que se iba a misa los domingos.

Yo pensaba: ¿Por qué las personas rezan distraídamente -cuando rezan-, o al máximo son sólo oraciones interesadas? Dios, ¿no es el Dios de todos los días y momentos de nuestra jornada? Y si la oración es un diálogo con Dios, ¿no es algo serio?

Me preguntaba también: ¿Las personas de la Iglesia, que yo amaba tanto, ¿se contentan con esa cantilena de oraciones sin alma? ¿Esos paquetes dados a los pobres sin amor?, ¿ese mal gusto en los ambientes y en el modo de vestir de las personas? Y me preguntaba: ¿Acaso Dios, además de ser bondad y verdad, no es también belleza, armonía? ¿Su hijo no es el más bello de los hijos de los hombres?

Además me preguntaba: ¿No era demasiado poco esa hora de apostolado que se hacía a la semana, junto a las otras actividades? ¿Lo que tiene que ver con Dios no es más importante que el resto? ¿Por qué la palabra “sermón” se había convertido en sinónimo de discurso aburrido y antipático?

También me hacía otra pregunta muy importante: ¿no llama la atención que visitando una nación cristiana, no se note gran diferencia con naciones no cristianas? En medio de estas impresiones que me causaban dolor, sucedió una cosa: el Espíritu Santo se manifestó. No recuerdo exactamente cuándo su luz sutil empezó a penetrar en mí y a iluminar el alma sobre muchas verdades de nuestro cristianismo.

Y sucedió un hecho. Yo era maestra y enseñaba. Un día alguien toca a la puerta de mi clase: Era un sacerdote que me llama aparte. Yo tenía mucha fe en la Iglesia y en los sacerdotes; para mí eran hombres de Dios, así los veía. Por eso me dice: “Señorita...”, -ese sacerdote debía haber notado que yo era una cristiana practicante-, y dice: “Oiga, señorita, ¿podría dedicar una hora del día a mi apostolado?”

Reconociendo en él a un hombre de Dios, respondí: “¿Sólo una hora? ¡Y por qué no todo el día!”

Impresionado por esta generosidad juvenil, me dice que me arrodille, me bendice y dice una frase muy importante: “¡Dios la ama inmensamente!” Consideré esas palabras como si viniesen directamente de Dios. Y marcaron mi alma como el fuego. “¿Cómo?, pensé, ¿Dios me ama inmensamente?” Sí, si lo ha dicho Él, Dios me ama inmensamente. Me lo repito y lo repito a mis primeras compañeras, en el Movimiento que empezaba. Yo decía: “¡Qué increíble! ¡Dios me ama inmensamente! ¡Dios te ama! ¡Dios os ama inmensamente!”

Dios es Amor.

Hoy, queridos jóvenes, puede ser que también a vosotros, tal vez por medio de estas sencillas palabras, Dios quiera manifestarse por lo que es. Quizás todavía no lo sabéis. Si fuera así, sed concientes, estad convencidos, desde lo más profundo, y estad agradecidos; de esa manera, también en vuestras vidas, todo cambiará como nos sucedió a nosotros. No sólo en los hechos positivos, sino también en medio de las dificultades de la guerra, -eran tiempos de guerra-, pensábamos que todo era movido por un específico plan de Dios, de su voluntad, se trataba de descubrirla. De hecho, para los que lo aman, Él hace confluir todo para el bien. Recuerdo que a pesar de la guerra la sonrisa afloraba siempre en nuestro rostro.

Lógicamente, las personas que nos rodeaban no lo sabían; nosotros, gracias a Dios, creíamos en su amor.

Esto constituía la novedad de nuestra nueva vida. Entonces empezamos a entender varias frases que antes no entendíamos, no nos habían impactado. Incluso en el Antiguo Testamento veíamos que Dios se manifiesta como amor. Por ejemplo, está escrito: “Sión decía: El Señor me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí”. Y el Señor responde: “Pero, ¿puede una mujer olvidarse de su niño, o dejar de querer al hijo de sus entrañas?” Y continuaba el Señor: “Pues bien, aunque alguna lo olvidase, yo nunca me olvidaría de ti. Mira cómo te tengo grabada en la palma de mis manos” (*Is 49, 14-16*).

Ahora tratemos de ver lo que Jesús dice, Él, sin duda, trajo una gran novedad. ¿Cómo considera, cómo nos manifiesta, cómo nos describe el amor del Padre?

Por ejemplo, dice: “Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, no guardan alimentos en graneros; y sin embargo vuestro Padre del Cielo las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves?” Era como decir: Imaginad lo que yo haría por vosotros, si creyeráis en mi amor”.

Decía también: “Y ¿por qué os preocupáis por el vestido? Mirad cómo crecen los lirios del campo: y no trabajan ni tejen. Pero yo os digo que ni Salomón, con todo su esplendor, vestía como uno de ellos” (*Mt 6, 26-29*). Como diciendo: Imaginad lo que yo haría por vosotros, si creyeráis en mi amor”.

Pero podemos descubrir mejor el amor de Dios leyendo la parábola del hijo pródigo. Vosotros la conocéis, por eso no voy a repetirla. Haré sólo una pequeña observación.

Nosotros imaginamos que el padre tenía mucho que hacer: administrar sus bienes, los trabajadores, la familia, pero lo más importante para él era esperar. ¿A quién esperaba? Al hijo que se había ido. Todos los días subía a la azotea de su casa y miraba a los lejos.

El Padre Celestial hace lo mismo con nosotros. Imaginad, jóvenes, si podéis, la divina, altísima y dinámica vida trinitaria de Dios; ¡Es una vida muy intensa!

No es como a veces lo pensamos. Imaginad su empeño que mantiene constantemente la creación, le indica su lugar al que llega al Paraíso; y, sin embargo, ¿sabéis lo primero que hace?: Espera, Él espera. ¿A quién? A nosotros, a mí, a vosotros, sobre todo si estuviéramos lejos de Él.

Un día ese hijo, que el padre terrenal amaba tanto y esperaba, habiendo dilapidado todos sus bienes, volvió a casa. El padre lo abraza, lo viste con una túnica preciosa, le pone un anillo en el dedo, prepara un cordero para la fiesta.

¿Qué debemos pensar? Que Él deseaba ver a su hijo nuevo por completo, no quiere recordarlo como era antes; no sólo quiere perdonarlo, quiere incluso olvidar. Así es como lo ama, así es su amor por nosotros. Si después de habernos comportado mal, volvemos a Él, Él nos abraza, nos perdona. Pero lo que es extraordinario, es que Él olvida.

Así es el amor del Padre: en la tierra no hay otro igual.

Recientemente he visto un documental, que tal vez también vosotros habéis visto. Presentaba y examinaba en detalle un famoso cuadro de Rembrandt. Sin duda muchos lo conocéis que representa al Padre de la narración evangélica, que acoge al hijo que vuelve. Es estupendo en todos sus detalles, pero lo que más impacta son las manos. El pintor tuvo una idea: Pintó una mano robusta y fuerte, como la mano de un hombre; y la otra delicada, más ligera, más delgadita, como la mano de una mujer. ¡Naturalmente no era así, pero así la dibujó el artista! ¿Qué quería decir? Que el amor del Padre une el amor paterno y materno a la vez. Y así también nosotros lo debemos pensar. En Dios encontramos todo: el padre y la madre.

Pero, ¿de qué modo el Padre nos ha mostrado mejor su amor? ¿Él, que es amor? Vosotros lo sabéis, -se repite, se repite, pero es algo que no se comprende nunca lo suficiente-: cuando el Padre, de acuerdo con la Santísima Trinidad, mandó a su Hijo a la tierra por nosotros, ¡realmente fue el primero en amar! Jesús entonces se encarnó, Él no es otra cosa que la imagen del Padre, su expresión, su esplendor, su belleza, la belleza de su amor. De hecho, cuando Felipe le pregunta: “Muéstranos al Padre”, responde: “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9).

¿Y hasta dónde llegó el amor de Jesús por nosotros? Es algo difícil de entender totalmente: Él llegó a morir por nosotros, pero no como pensamos a veces. En la cruz experimentó una muerte mucho más atroz que la física. Recordad: todos lo abandonaron. Quiso experimentar el máximo sacrificio por nosotros, y tuvo la impresión de que incluso el mismo Padre lo había abandonado, pero, siguió creyendo en su amor, y con aquel dolor, en la pasión, nos salva.

Después resucitó y subió al Cielo, pero no nos dejó solos: ha diseminado por la tierra su presencia, ¡tan grande es su amor!

Lo podemos encontrar: en la Eucaristía, en todas las Iglesias. Podemos amarlo en cada hermano, - ¡qué ventaja la mía poder amar a 1.500 personas!-; podemos escucharlo en nuestros obispos, podemos gozar de su presencia en medio de nosotros, podemos descubrirlo en las Escrituras.

Dios, Dios, Dios. Dios presente en el mundo, en todas partes, porque es Amor.

Recuerdo que en aquel tiempo éramos casi los únicos que destacábamos que Dios es amor. La Iglesia confirmó más adelante nuestro redescubrimiento.

Pablo VI, en 1968, comentando el Credo, definió a Dios así: “Él es Aquél que es,... y Él es amor”¹. Esta definición más explícita de Dios, que salía de la boca de un Papa, y nuestra vida, podía provocar una revolución en el mundo, una renovación en la Iglesia y en todos. Porque una cosa es saber que existe Dios, otra es sentirnos amados en todos los aspectos por Dios. ¡Nos sentimos fuertes, valientes! No sé si todos habéis hecho la experiencia, no todos, ¿verdad?, pienso que aquí habrá algunas parejas de novios, madres, padres que entenderán lo que quiero decir. Por ejemplo, cuando una chica sabe que es amada, su vida cambia, todo a su alrededor le parece más hermoso y cada detalle adquiere valor, ella misma tiende a ser más bondadosa y comprensiva con los demás. Es así. Pues bien, infinitamente más fuerte es la experiencia del cristiano, cuando adquiere una comprensión más profunda de la verdad de que Dios es Amor.

(...)

Chiara Lubich

¹ *Enseñanzas de Paolo VI*, 1968, VI, p. 302.